
3 1761 04941311 5

Resurrección

FEDERICO UHRBACH

DE LA ACADEMIA NACIONAL DE ARTES Y LETRAS

Resurrección

Nuevos poemas

HABANA

1916



Imprenta "El Siglo XX", de Aurelio Miranda, Teniente Rey 27

DEDICATORIA

Al Señor Manuel Sanguily.

Ilustre y admirado amigo mío:

Su corazón magnánimo, su corazón ingenuo, tan sólo comparable a sus talentos múltiples y preclaros, en más de una ocasión me ha demostrado, cariñoso y benévolo, cuán noble es la clemencia y cuánta es la eficacia de su generoso afecto; y a las sabias enseñanzas de sus lustrales pláticas debe mi espíritu precisas y valiosas orientaciones mentales. Permítame, bondadoso para conmigo una vez más, que mi gratitud, no mancillada por el dolor de la vida, consagre a su corazón este libro que encierra en sus páginas de visión y de aurora, de ensueño y esperanza, las aun vacilantes resurrecciones de mi alma que, obstinada, torna a soñar tras el sombrío drama por usted conocido y que la mutilara por tan dolientes y tan largos años.

Si algún pensamiento de avaro egoísmo se insinúa acaso en esta mi aspiración de que el reflejo de su gloria, por su nombre evocada, ampare mis poemas, perdónelo en gracia del tan alto galardón que ambiciona, y acoja benévolamente, con estas líneas, el alma toda entera de su devotísimo

Federico Uhrbach.


EX LIBRIS

Al margen del ensueño

Leyendo estos poemas.

Corazón, cuán perenne, cuán tenaz es tu empeño
de soñar; cuán eterna tu ilusión inconsciente;
melancólico lloras por el último ensueño
fenecido, y renaces del dolor nuevamente.

Morirán, en la noche, de tus dulces quimeras
los reflejos fugaces, las efímeras rosas,
y otra vez, con el alba, tornarán agoreras
de una nueva esperanza, las quimeras radiosas.

Y así siempre, así siempre, corazón! Cuando al lodo
torne el cuerpo que exaltas de pasión, de igual modo
seguirás floreciendo, y en la pálida tarde

se abrirán tus ensueños, como claras pupilas
de violetas azules y románticas lilas
esmaltando la tierra que piadosa te guarde.

HELENA B. DE UHRBACH.



PROEMIO

Simiente de esperanza

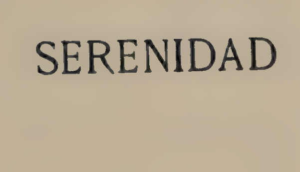
PAZ, honda paz, vasta quietud, ensueño
en el mar, en la senda, en el ambiente
crepuscular que diafaniza el sueño
de oro de los trigales del poniente...

Paz, honda paz en la tristeza mía,
y en mi visión interna paz y encanto,
ampliando la dorada lejanía
a través de la niebla de mi llanto.

Mi corazón, herido en la contienda,
melancólicamente por la senda
de la piedad y de la vida avanza,

y en la paz infinita del camino,
de todas las quimeras peregrino
torna a soñar, temblando de esperanza...

SERENIDAD



Motivo panteísta

A Villaespesa.

Como se ve un paisaje a través de un cristal
que fantasmagoriza con un temblor pluvial
los cielos reflejados y la apariencia real,

y unifica en un raro compendio de visión,
con una inconsistencia de sueño o de ilusión,
lo que hay ante la vista y lo que es reflexión;

de tal suerte y con tan prodigioso fingir
que la pupila absorta no logra distinguir
en la compleja imagen la verdad del mentir;

en todo lo que miro, banal o tentador,
pongo siempre un aspecto de mi mundo interior:
a veces un ensueño y a veces un dolor,

que, según el reflejo de la cambiante faz,
es como la quimera, inconstante y fugaz
o es como la amargura, inmutable y tenaz.

Pongo un aspecto vario, con la obsesión de quien
fingiendo en flor y savia la belleza y el bien
en flor y savia busca recíproco sostén;

piadoso panteísmo que ofréceme el amor
de la naturaleza; y empeño difusor
de ser a un tiempo flama, reflejo y reflector,

diafanizando en una visión crepuscular
mi amarga sed de angustias, mi empeño de soñar,
mi afán de incertidumbres y mi ansia de llorar.

¡Hondo y vital misterio de proyección! Así,
como a todas las cosas algo de mi alma di
siempre en todas las cosas encuentro algo de mí:

en la nube, la dicha que a la nube confié,
en la onda la amplia ruta que en mi mente surqué,
en el viento, las torres del castillo que alcé,

y a modo de amuleto, de cifra o talismán,
en la memoria el dulce recuerdo del afán
de las esquivas horas que nunca volverán.

Así, como a otras vidas mi propia vida doy,
dejando la simiente por el sendero voy
para segar mañana sueños que siembro hoy;

cosecha milagrosa de espíritu de abril,
cuyas rosas perfuman el hálito sutil
que emanan las caricias de un labio femenil.

Y mi ánima y mi cuerpo siento transidos ya
de ver siempre el encanto que no retornará
perderse en la derrota que al infinito va.

Como en esos instantes de clara lucidez
que perturban las sombras de la sabia embriaguez
mental de los ensueños, percíbese la hez

del vino de la vida, así en la espiritual
senda de mis quimeras percibo la fatal
e inútil consecuencia de todo lo banal.

Benéfica enseñanza que indúceme a querer
en todo lo que brilla, verme resplandecer,
y en todo lo que aroma, sentirme florecer;

y perpetuar la vida del sueño genitor
cristalizando en lluvia de lágrimas mi amor
y fragmentando en lluvia de estrellas mi dolor.

Para en mis soñaciones tal amplitud lograr,
—que es vasta como el cielo, y es honda como el mar,—
aventaré mis ansias y me pondré a esperar,

dando a toda alma virgen una alucinación,
a toda frente joven una meditación,
y a todo herido pecho... mi propio corazón!

En la senda

Era en las soledades del camino,
y era en un claro fondo de mañana:
yo, con mis sueños, al ensueño iba;
tú, con tu gracia virginal, pasabas.

Luminosa al pasar, como a una estrella
una bruma de oro te amparaba;
no sé si el resplandor de tu cabello
o el oro espiritual de mi esperanza.

Pasabas lenta, y se inició a mis ojos
de tu jubón en la batista blanca,
como en la magia de un milagro, una
resurrección de inmarcesibles alas.

Pasabas lenta, y de tus labios era
el vago rictus de celeste gracia

la ligadura persuasiva y honda
que mi doliente vida encadenaba.

Pasabas lenta, como pasan esas
meditaciones que no tienen causa,
dejando un rastro luminoso y tenue
y una obsesión de indefinibles ansias.

De tu pupila en el esmalte, el claro
rayo de sol se espiritualizaba,
cual si llevases en su fondo el sueño
de una visión crepuscular lejana.

Y frágil toda, y toda poderosa
como el amor y el llanto, semejabas
de mi camino en la derrota, el dulce
rayo de luna de las noches trágicas.

Maravillosa en la expresión del gesto,
amplios los hombros y la testa baja,
con la actitud heroica de una virgen
profundamente pasional y humana;

pasaste lenta y para siempre, y fuiste
la sola aparición que iluminara
la senda, que azarosa al alejarte
dejó tu fuga triste y desolada.

Peregrinando en busca del ensueño
te vi pasar y proseguí mi marcha,

llevando opreso tu fugaz encanto
como un temblor de fugitivas alas.

En mi perenne divagar estéril
triste recorro fúlgidas comarcas,
sin que jamás se muestre ante mi vista
de la quimera la celeste llama;

que el luminoso ensueño sólo brilla
como una estrella en lo interior del alma,
o quedó en las revueltas del camino
en aquel claro fondo de mañana.

Vuelos

A L. Vázquez de Cuberos.

VOLÓ una abeja de oro,
y en una azucena blanca
y virgen, fijó una estrella
con el temblor de sus alas;

libó la miel, y en la muda
consagración de su gracia
el riego vital del polen
dejó en la corola cándida.

Voló la nota perdida
de una canción que pasaba
haciendo vibrar las cuerdas
estremecidas de un arpa;

y al evocar la amargura
de una tristeza lejana

engendró una melodía
en una cabeza pálida.

Voló una estrella filante
en la penumbra del alba,
deslumbrando la fijeza
de una impaciente mirada;

y al reflejarse la lumbre
en una bruñida lanza,
mostró al ensueño de un héroe
la ruta que ambicionara.

Voló el dolor de un recuerdo
y una frente sonrosada
se tornó mustia un instante
reviviendo una desgracia;

pasó cual la dicha, raudo,
pero dejó en las pestañas
como un diáfano diamante
el consuelo de una lágrima.

Voló una nube siniestra
sobre la parda montaña,
con su bandera de sombras
presagiando la borrasca;

y al herirla un claro rayo
de sol, diseñó la pauta

que un pintor en su paleta
inútilmente buscaba.

Esta mañana un ensueño
psicologizó en mi alma
diafanizando la sombra
de tanta noche pasada;

voló después, pero he visto
que en mi vida ensimismada
se ha abierto fragante y pura
una rosa de esperanza.

Samaritana

A Tina di Lorenzo.

Samaritana, sensual y dulce Samaritana,
perla del cielo claro y lejano de Palestina,
que de tu impura carne dorada de cortesana
ánfora hiciste, maravillosa, de unción divina.

Desde la gesta, Samaritana, tus claros ojos
hacia nosotros los descarriados torna clemente,
y con las rosas que perfumaron tus labios rojos
cubre los celos que te persiguen junto a la fuente.

Samaritana, doma las ansias que tu amorosa
visión antigua de amor y encanto, tenaz reclama,
y sé impoluta, sé compasiva, sé milagrosa
para que extingas en el recuerdo la impura llama.

Salvando, el alma que te aprisiona, la lejanía
de las edades predestinadas para encontrarte,
con una suerte de persistente melancolía
y encantamiento, te transfigura sin olvidarte.

Todo el pasado bíblico y rudo tu nombre evoca
con un arcaico deslumbramiento, como si aun diera
un soplo ardiente de amor salvaje tu roja boca
y un vago aroma de cinamomo tu cabellera;

como si aun fueran, vasos de mirra, tus finas manos
reveladoras de tus misterios y tus pasiones,
y de su gesto los vigorosos samaritanos
vieran pendientes, sobre un abismo, sus corazones.

Ante el asombro de las pupilas, la luz interna,
del evangelio la inconsistente penumbra aclara,
cual si en la oscura linfa dormida de una cisterna
todo el paisaje, reconcentrado, se reflejara.

Si un lirio prenden en la maraña de tus cabellos,
se oyen, distintos, los cascabeles de tu alborozo,
turbando el grave sopor de siesta de los camellos
abandonados por tus mancebos cerca del pozo.

Inmarcesibles florecimientos de primaveras
tus pies desnudos hacen que broten los arenales,
donde cimbrean los abanicos de las palmeras
y se desangran las rojas flores de los nopales.

Cuando desciendes lánguidamente por los ribazos
hilando sartas de anunciaciones y profecías,
sobre el poniente, con la redoma, fingen tus brazos
como dos signos interrogando por el Mesías.

Y si medrosa tu cuerpo ocultas entre las breñas,
a los reclamos de los judíos brusca y rehacia,
copian los ojos despavoridos de las cigüeñas
desperezarse felinamente tu esquiva gracia.

Tus huellas siguen, como de un filtro de amor cautivos
los torvos celos, cuando el ensueño tu encanto inicia,
a profanarte bajo las ramas de los olivos
con la demanda torturadora de una caricia.

Y presa el alma de los destellos de tu leyenda,
bajo los oros del sol indaga rutas distantes,
para gozarte, toda desnuda, bajo la tienda
donde tus besos enloquecieron a tus amantes.

Samaritana, Samaritana, tus claros ojos
vuelve a nosotros los descarriados, y compasiva,
la miel y el fuego que destilaron tus labios rojos
transforma en casta vena perenne de tu agua viva.

Del agua viva, que, junto al pozo, cuando sedienta
la suplicabas, te dió el consuelo del Nazareno,
la que apacigua con su dulzura toda tormenta
y neutraliza con su pureza todo veneno.

Los corazones que la lujuria fatal calcina
y asorda un soplo como de oceanos y tempestades,
tu gracia imploran, perla del cielo de Palestina
que las pasiones trocaste en alba de castidades.

Llama de pira, nube de incienso, bíblica estrella,
sé en el desierto la que amorosa mi paso guíe,
y fija lumbre será, que aclare la incierta huella,
tu dulce labio de apasionada que me sonríe.

Samaritana, preso en tu dulce dominio, cuando
te evoco, vienes como en fragante lluvia de rosas,
mientras el ala de la quimera pasa rozando
sobre la tierra santificada donde reposas.

Psiquis

Para Agustín Acosta.

PSIQUIS, vidente, aclara
con visión de milagro,
en las frentes de pálido carrara
donde mi ruego pasional consagro,

la génesis de una
floración de exaltados pensamientos
que en el alma importuna
la languidez de los arrobamientos;

génesis de infinita
transformación de gérmenes vitales,
que de la frágil carne solicita
los desfallecimientos virginales,

y de los corazones
apresura el latido,
con las insinuaciones
de un amoroso ensueño indefinido.

Pasional y amorosa,
en la gracia del gesto transparenta
la plástica engañosa
de la curva armoniosa
que abroquela la erótica tormenta.

Y aclara en el brillante
esmalte de los ojos, el encanto
de la sensual mirada suplicante
que diafaniza la ilusión del llanto.

Fulgor de llama interna,
irradiación de amor inextinguida,
que domina la eterna
aspiración fecunda de la vida,

espiritualizando
con celeste crepúsculo de aurora
el victorioso sacrificio, cuando
entrégase la carne tentadora.

De las vírgenes fuertes
que transitan la senda,
de las lujurias al clamor inertes
bajo el oro de un cielo de leyenda,

como blanca teoría
de ultraterrestres vírgenes errantes,
que velan al fulgor de los diamantes
con una niebla de melancolía
los estériles senos palpitantes;

transparenta desnuda
el alma en un engaño de pureza,
que el vacilante corazón escuda
de la desolación de la tristeza.

Indómitas esquivas
al grito de la sangre horrorizadas,
del terrenal dominio fugitivas
en sus heroicos sueños enclaustradas,

que a las anunciaciones
del instinto sexual jamás extinto,
oponen dolorosas abstracciones
sordas a las viriles tentaciones
de las solicitudes del instinto.

Y de las sonrientes
vírgenes a la dicha encadenadas,
que alzan al sol las sonrosadas frentes
por el dorado beso fecundadas,

aclara los anhelos,
las ansias dulcemente turbadoras,
y la visión que de encendidos cielos
desciende hasta sus almas soñadoras;

dulces almas propicias
la vena a restañar de la amargura,
sedientas de caricias
y pródigas de amor y de locura.

De celeste locura, de celeste
locura y sabia turbación mentales,
que dan la pauta de la aurora en este
batallar de miserias terrenales.

Almas llenas de unciones
femeninas, y audacias reveladas
tímidamente en las irradiaciones
del azul matinal de sus miradas,

en la hora de las ansias sin motivo
y las tristezas que no tienen causa,
que marca el decisivo
perenne rumbo tras incierta pausa.

En el gesto ritual que enflora el labio
como anhelo impreciso todavía,
aclara el dulce y sabio
vigor eterno de la epifanía.

Aclara de la piedra en las aristas
la curva de la estatua vencedora,
y en las crepusculares amatistas
la explosión deslumbrante de la aurora.

La armonía en la voz de la floresta
que el gran soplo estival puebla de espasmos,
y en la lejana urdimbre de la gesta
la cimera de heroicos entusiasmos.

Y en el misterio aclara, milagrosa,
de toda gestación, surco o regazo,
en la simiente efímera, la rosa,
y la vida inmortal en el abrazo... !

Mirto

Eres más hondo que el dolor, más fuerte
que el destino, y más triste que la vida,
a tu eterno dominio sometida
más allá del olvido y de la muerte.

Una visión fugaz logra encenderte
como flama de fuerza contenida,
y arraigado en el alma poseída
sólo tu propio mal puede vencerte.

De tu prodigio la celeste llama
cuando el rendido corazón inflama
la terrenal miseria transfigura;

y Jordán milagroso del pecado,
sobre todo lo incierto y desolado
tu encanto melancólico perdura.

La inquietud de la dicha temerosa
y el goce espiritual del sufrimiento,
forman tu seducción en el tormento
que ampara la tristeza voluptuosa.

Eternamente tu ansiedad acosa
la vida con sensual encantamiento,
y del dolor el torvo desaliento
transformas en promesa milagrosa.

En el sutil hechizo de tu encanto
hay placer y amargura y risa y llanto,
y afán de asirte y miedo de perderte;

y a tu poder el alma sometida
llora inquieta en las ansias de la vida
y vence los terrores de la muerte.

Hermano del dolor, la triste vida
con él compartes por diversa suerte,
y hasta el dulce regazo de la muerte
llega tu esencia a la memoria unida.

La visión de la tierra prometida
muestras al torvo corazón que advierte,
como el milagro de tu voz convierte
en esperanza la quietud perdida.

Si es don celeste del dolor el llanto,
tu luminosa gracia es el encanto
de la inquietud perenne de tus huellas;

y si el dolor tu aparición indaga,
tu hechizo melancólico lo embriaga
y lo deslumbra un resplandor de estrellas.

Melancólico ensueño torturado
por las solicitudes del instinto,
como aliento vital jamás extinto
a la prisión terrena encadenado.

Origen y refugio del pecado,
del pecado redimes, indistinto,
a todo corazón que en tu recinto
se inflama por tus ansias exaltado.

Concentración de angustia y de esperanza,
sólo el milagro de tu imperio alcanza
purificar el alma envilecida;

y si tu imperio no existiese, fuera
la obsesión deslumbrante de la vida
llenar la inmensidad con tu quimera.

Epístola

A Eduardo Sánchez de Fuentes.

Como la onda, como el viento,
como la nube... el engaño
de la vida es impreciso
y dulce y frívolo, Eduardo;
que el filtro de la belleza
y el brebaje del encanto,
son de la alquimia del alma
y en ella están concentrados.
Tú que tienes la armonía
y en la pauta divagando,
de una concreción de ensueños
haces un raudal de cantos,
que nacen como entre risas
y mueren como llorando;
busca en ti mismo, escudriña
tu mundo interior, y bajo

los cambiantes exteriores
que están en él reflejados
como en la linfa serena
de un claro y profundo lago,
verás la vena perenne
de todo prodigio humano,
que riega consoladora
el triste huerto agostado
de los tristes corazones
donde hizo el dolor estragos.

He visto el seno desnudo
de unos frescos quince años,
como sobre nieve, leve
disolución de topacios;
mármol y rosa tan frágil
que daba, incitante y cándido,
sed de pureza al deseo
si sed de besos al labio.
He visto bajo las alas
de un sombrero de verano
anudado dulcemente
por unas bridas de raso,
la tarde de unas pupilas
y la aurora de unos labios
entre una profusa crencha
de resplandores dorados.
He visto sobre una frente
de niño, un rizo castaño
que de leyendas contaba
y de episodios románticos,

como en las viejas viñetas
de los libros olvidados
que conservan el perfume
evocador del pasado.
He visto unos ojos, unos
ojos de un matiz tan claro,
que eran como claras uvas
verdes de precoces pámpanos
o como dormidas aguas
que en escondidos remansos
estilizan las estrellas
de las noches de verano.
He visto una estrella errante
como si fuera un venablo
atravesar todo el cielo
rayando de oro el espacio.
He visto una rosa blanca
que arrancó una blanca mano
morir en un vaso, y darle
color y pureza al vaso.
He visto de unas pestañas
quedar suspendido el llanto,
como si fueran las lágrimas
niebla de unos ojos garzos
brillando con una lumbre
melancólica de ocaso.
He visto un arco de luna
del poniente sobre un rayo,
y era como si lanzara
flechas de luz aquel arco.
He visto sobre una lira

una daga de Damasco
que allí quedara olvidada
nadie sabe cuántos años,
y que al rozar en las cuerdas
con un rozamiento vago
en la lira armonizaba
como un presentido canto.
He visto de unos tapices
en el vetusto bordado,
por cuyos lienzos diluye
la luz un haz de desmayos,
un alegre y dulce juego
de faunos, ninfas y sátiros
bajo la arcada sonora
de un viejo bosque de lauros.
He visto en una vidriera
antigua, quebrarse un rayo
de la tarde, entre los rizos
de una madona, y un halo
forjarle de pedrerías
como un celeste milagro
que cristalizara el ruego
que se eleva de los salmos.
He visto en unas opresas
manos, el gesto de espanto
de las vírgenes esquivas
al persuasivo reclamo
del instinto, y en el gesto
he visto fúlgidos lampos
de turquesas y rubíes
y diamantes y alabastros;

y he visto en unas ferradas
manos, el gesto esforzado
de los que afianzan la clava
de la cumbre en lo más alto,
y en el gesto vi, del héroe
alzarse altivo el penacho
sobre el resplandor de un alba
como en los antiguos cuadros.
En una extensión marina
he visto el disco de un astro
seguir una blanca estela
trémulo y enamorado,
y para abarcarla toda
con sus luminosos brazos,
quebrarse y seguir la ruta
como en soles fragmentarios.
He visto en una lejana
playa de un sitio lejano,
la batista de un pañuelo
por un amor tremolando
y en el vuelo tembloroso
encerrar todo un pasado,
revivir toda una vida
y llorar todo un presagio.
He visto un alma, tenía
como un gran diamante diáfano,
en cada arista un reflejo
y en cada faceta un cambio.
He visto en las iniciales
de un misal un rostro pálido
tan puro, que parecía

irse espiritualizando.
He visto una alondra presa
en las garras de un milano
saludar al alba con
un trino regocijado.
En una estatua latina
he visto un rubor humano;
he visto una cabellera
fingir la altivez de un casco;
he visto en una esmeralda
un busto heleno tallado;
y he visto un mar en un ópalo,
y un abismo en un topacio,
y un temblor de corazones
en un amoroso espasmo.
Y he visto más, porque he visto
dulcemente torturados,
mi corazón por un ansia
y por un beso mis labios
y todo mi ser por la
ligadura de unos brazos,
como los suyos, amantes,
y por ser suyos, amados.
Y nada he visto en la vida
banal y frívola, Eduardo,
que resuma la belleza
impecable que he soñado,
como la visión tranquila
de mi mundo interior, cuando
en los fugaces momentos
de fecundos entusiasmos,

por la piedad y el amor
siéntome transfigurado;
cuando estoy conmigo mismo
y con el bien dialogando,
y miro hacia dentro inquieto
por un temor de fracaso
y encuentro el fondo del alma
todo blanco... todo blanco.

Oda breve

Para el poeta Manuel S. Pichardo.

MUSA, depón la trágica
demostración del gesto
que enflora un rictus desdeñoso de todo tema terrenal;
el gesto melancólico
del perdurable duelo,
que prende un lampo en tu pupila, como un blandón espiritual.

De la colina aléjate
donde la rota vena
no cesa nunca de tu llanto, por la memoria de tu amor;
aléjate del túmulo
que la ceniza encierra
de tanto ensueño fenecido, de tanto germen de dolor.

Alza la frente olímpica,
la frente vencedora
que tanto tiempo ha doblegado la roja adelfa del pesar,
y la corona cíñete
de inmarcesibles rosas,
propicia al gesto de una musa que ante la lira va a oficiar.

Ante una lira mágica
de mágicos acordes,
que la belleza y el ensueño dominadora encadenó,
y con poder insólito
grabó en los corazones
como una dulce primavera que eternamente germinó.

La primavera pródiga
de la floresta humana,
llena de sueño y de locura y de esperanza y de visión;
a quien sorprende rítmica
con la armoniosa gama
como de voces infinitas de un prodigioso diapasón.

Tiene para las vírgenes,
una melancolía
intensa y honda y reflexiva, y dulce y cándida a la vez,
que la pasión erótica
leve espiritualiza
como una gasa que atenuara las calideces de la tez.

Para los héroes máximos,
tiene un vibrar sonoro
de multiformes inflexiones en un gran soplo de clarín,
vibrar de ritmos épicos,
como cantar glorioso
que flota altivo en la cimera de legendario paladín.

Y así para los mártires,
tiene un gemir doliente
que es miserere compasivo y es hondo salmo funeral,
como un acento bíblico
que en un clamor celeste
hace soñar en las figuras ultraterrestres de un misal.

Tal el fastuoso lírico
que hoy la oratoria exalta
con bellas cláusulas y acentos de resonante caracol,

y que liras unánimes
estremecidas cantan
como los rayos que convergen en las auroras hacia el sol.

De las edades clásicas
parecen reanimarse
las dulces lides de la gracia, el sacro amor a lo inmortal,
cual si los juegos ístmicos
en nuestros propios lares
a un nuevo triunfo de la gloria hubieran puesto la inicial.

Musa, depón la trágica
revelación del gesto
de tu dolor, ante el influjo de la lustral exaltación,
y la corona cíñete
de rosas, ante el pueblo
que hace latir los corazones como en un solo corazón.

Enamorada acércate,
y a la soberbia musa
que aclama un coro de laúdes y de entusiasmos un tropel,
ofrece un lauro, trémula,
para que se confunda
con los que huellan sus sandalias bajo un gran bosque de laurel.

Después de "Oro"

A mis amigos.

GRACIAS, amigos, gracias en nombre de mi verso
y gracias, mis amigos, en nombre de mi vida,
que si acendrar pretende mi verso un universo
de amor, ya el alma es plena de amores florecida.

Ante vuestro homenaje rendidos mis cantares
de su amoroso ruego diéronme la encomienda,
en alas de esos vagos poemas crepusculares
que dicen de la tarde la pálida leyenda.

Los lauros y los versos, y las constelaciones,
y del lejano Sevres las frágiles visiones
os hablan, por mis labios, de su consagración;

que a Cuba y a vosotros las páginas consagro,
donde entre aspiraciones de ensueño y de milagro
os da toda su sangre la flor del corazón.

Gracias por este instante de tregua compasiva
que a mi dolor ofrece vuestra piedad intensa,
paréntesis de noble ternura persuasiva
que todas mis tristezas y afanes recompensa.

¡De cuántas amarguras, de cuántas añoranzas
aligeráis mi espíritu con vuestras efusiones,
que el desaliento alejan de las desesperanzas
con la ilusión piadosa de las resurrecciones!

Con paso vacilante, con ánima insegura
atravesaba solo mi calle de amargura,
soñando hallar un breve término a mi Pasión;

y en medio de la senda, vuestra bondad florece,
y misericordiosa con mi flaqueza, ofrece
como un dulce regazo para mi corazón.

Y gracias, mis amigos, en nombre del que duerme
su sueño sin ensueños, y al fin sin pesadillas!
y abandonó la vida sin que pudiera verme
doblar, junto a su angustia, piadoso, las rodillas.

En nombre del ausente que de mi amor reclama
raudal inagotable la vena de mi lloro,
y que a través del tiempo y del dolor, derrama
raudal inmarcesible, la vena de su oro.

En nombre de su espada y en nombre de su lira,
y en nombre de sus sueños que la belleza inspira,
gracias os da mi labio, gracias mi corazón;

y siento como un vuelo de estrellas en la mente,
y siento las unciones y el alma del ausente,
como si descendiera, lustral, su bendición.

Cuento

Era un garzón valeroso,
tan gentil,
que con su acero, pendientes
del tahalí,

llevaba más corazones
que rindió,
que plumas en la arrogancia
de su airón.

Era un doncel de leyenda
y eran tres
princesas enamoradas
del doncel.

De una era la cabellera
como el sol;
otra llevaba una noche
de dolor,

y la tercera, en su frente
de misal
llevaba un pálido rayo
vesperal.

La mañana en la pupila
de zafir
una encerraba, otra un negro
cielo y

la más pequeña una suerte
de visión
que era como un fugitivo
resplandor.

El alma de la primera
era un
ruiseñor ebrio de trinos
y de azul.

De la segunda era un fiero
raudo azor
con la garra enrojecida
de pasión;

y una alondra de celeste
candidez
el alma de la más niña
de las tres.

Por todas pasó un ensueño
turbador
y a todas invadió el dulce
mal de amor.

Una encadenó al mancebo
con la red
de oro de su cabellera;
la otra fué,

cazadora que cazara
suspicaz
con un rayo de sus ojos
al galán,

y la última dulcemente
lo rindió
con la claridad de estrella
de su amor.

Y de las tres el encanto
virginal
tembló con fragilidades
de cristal,

cuando el arrojo certero
del garzón
un venablo clavó en cada
corazón:

jabalina luminosa
que al herir
dejaba como un destello
de rubí.

De la alarma y de la entrega
fué el sabor
jugo de vid que sus almas
embriagó,

sabia locura y de goces
honda sed
en sus venas inflamando
la embriaguez.

Sed de pasión insaciable
tan tenaz,
que no abandonó sus cuitas
ya jamás.

Y como en todos los cuentos,
sucedió
que el garzón de la leyenda
se alejó

al desflorar el encanto
virginal
de las princesas; un dulce
talismán

llevando con una suerte
de visión
que emanaba en un lejano
resplandor.

Y también como en los cuentos
fueron las
princesas languideciendo
de pesar.

La que robara sus oros
a la mies,
murió a la sombra piadosa
de un laurel.

La que era como la noche,
su inquietud
hundió en la linfa de pérfida
onda azul.

De la última nadie supo
nunca el fin,
pero dió en la flor la crónica
de decir,

que al morir con vida eterna
revivió
del galán en el eterno
corazón,

y que cada vez que el llanto
brilla en la
pestaña de algún mancebo,
su brillar

donde se asoma una estrella
blanca, es
como un alma de celeste
candidez

que perdura en una suerte
de visión
donde irradia un apacible
resplandor.

Hoy que suspiras de amores
Isabel,
tú que eres la más incauta
de las tres,

recuerda la vieja historia
del galán,
siempre nueva y repetida
sin cesar.

Y cuando bese tu boca
tu garzón,
procura engarzar la estrella
de tu amor

dulcemente, dulcemente,
como si
te sintieras ya en su alma
revivir.

En un breviario de recuerdos

No te conozco: al borde del sigiloso abismo
de mis melancolías y mi romanticismo
no se ha asomado nunca tu dulce infantilismo,
ni en las profundas aguas de mis recogimientos
que agita el soplo aleve de amargos desalientos
se ha estilizado el oro de tus florecimientos;
nunca mis ojos ávidos te han visto y me parece
que tu risueño encanto de niño resplandece
en algo de mis sueños, y que mis desengaños
se alegran con la risa de tus inciertos años,
y en el refugio triste de mis meditaciones
oigo el ligero roce de las vacilaciones
de tus primeros pasos y el vuelo de oraciones
de los balbuceamientos que inician tu lenguaje,
y hasta escuchar presumo, cuando en la sillería
se enreda un leve vuelo de tu nevado encaje,
como tu asustadiza sonora gritería
remeda la cadencia de un cristalino oleaje.

Como por una suerte de fantasmagoría
llega al vagar perenne de mi melancolía
con la desnuda y casta diafanidad de un astro
tu frágil figurita de rosa y de alabastro,
y la movible y rauda visión de tus hechizos
deja en mis amarguras un sonrosado rastro.
Tu boca en flor, la urdimbre flotante de tus rizos,
las interrogaciones de tu infantil mirada,
que sigue, en una nube, la aparición de un hada;
los caprichosos gestos con que la miniatura
de tu ágil personita desata la clausura
que forma en torno tuyo la leve ligadura
de un desfallecimiento de blanca muselina,
toda tu gracia alada presume y adivina
el alma, que a la fuente lustral de tu inocencia
sedienta de tu encanto desnuda se avecina,
y aclara y diafaniza la espiritual herencia
que emana de tu gracia con suave persistencia
y de tu vida el mirto y el lauro vaticina...

Mañana, cuando crezcas, sabrás que me he asomado
a un corazón, y he visto su fondo inmaculado
y en él tu sonriente misterio reflejado.

Tu misión

Para mi hija Bertha.

FLOR de mi vida, yo no sé
si al entregarte el corazón
cuando naciste, lo sahumé
con tu celeste aparición;

mas desde entonces al pensar
en el incierto porvenir,
junto a mis ansias de llorar
me asaltan ansias de vivir;

y de salvar y retener
mi vacilante juventud;
en ti de nuevo florecer,
y por ti ser todo inquietud.

Y ese milagro sólo a ti
debe, feliz, el corazón;
Flor de mi vida, te lo di
para ampararte, y luego vi
que era ampararlo tu misión.

Transfusión

A la amada memoria de Borrero.

PADRE, padre y maestro que la vital fragancia
fecunda y luminosa de tu sabiduría
diste, con tus afanes, a la sedienta infancia,
fructificando el sueño de tu melancolía.

Padre, llorado padre, que tu hondo sufrimiento
mental diafanizaste con pródigos amores,
y en tantos corazones, presas del desaliento,
regaste el bien que riegan los grandes sembradores.

Dirige aun a nosotros tus pláticas lustrales,
y aun en tus amorosas sentencias paternales
a nuestras almas llegue la luz de tu enseñanza,

que aclare, por tu muerte la ruta ensombrecida,
brillando en las conciencias avaras de tu vida,
como un perenne rayo de aliento y de esperanza...

Blasón crepuscular

I

En el sereno pasmo del oro del ocaso
las ánforas celestes vuelcan su pedrería,
que al armonioso golpe del ala de Pegaso
transfórmanse en castillos de fantasmagoría.

Del señorial recinto las viejas alamedas
de nuevo invade el alma de faustos seculares,
y en la sonora gama: risas, tumulto, sedas...
diluyen vanamente su gama los pinares.

A cada fugitiva revuelta de un sendero
evoca la memoria la sombra del postrero
señor de aquel dominio, y en vez de la silente

visión, puebla el esmalte rosado del camino
el persuasivo encanto de un grupo femenino
sobre el deslumbramiento del oro del poniente.

II

Las flámulas, tendidas en el muriente ocaso,
de símbolos y lauros dialogan con el viento,
y el armonioso golpe del ala de Pegaso
finge un blasón celeste sobre el pavés sangriento.

En el dorado ambiente las músicas deslíen
sus perlas cristalinas, y en las arcaicas sendas
pupilas que se asombran y labios que sonríen
dan la amorosa pauta de alarmas y contiendas.

La noche, lentamente, torsos y aristas funde
con vaguedad movible que la visión confunde
de un mármol, de una fronda, de un rizo, de un encaje...

y fragmentando, súbita, castillos y blasones,
todo el deslumbramiento de sus constelaciones
las ánforas nocturnas vuelcan en el ramaje.

Campanas de Noël

CAMPANAS de Pascua, trémulas campanas,
sonoros orientes de las caravanas
que volcáis las perlas de amorosas dianas
en las claras albas de oro de Noël;
campanas de ensueño, cifras de armonía,
propicios augures de la Epifanía,
voces de esperanza de la lejanía
que aclara el celeste fúlgido roel;

vuestras leves almas, en el ala errante
de todos los vientos, quiebran la distante
y amplia transparencia frágil de levante
con un argentino y alado clamor,
dulce y cristalino vuelo de oraciones,
que el doliente ensueño de los corazones
calma, y apacigua las tribulaciones
con una promesa de vidente amor.

Ligeras, volubles, fugaces, aladas,
como golondrinas de azul embriagadas,
el pálido encanto de las alboradas
turban con inquieta vibración fugaz,
y en la inconsistencia del lilial ambiente
la ilusión ofrecen, compasivamente,
de una milagrosa redención clemente
del dolor y un vago presagio de paz.

Fugaces, aladas, volubles, ligeras,
vuestras leves almas son las mensajeras
que a las estelares diáfanas praderas
llevan las perennes ansias de vivir,
confiadas al breve, musical acento
fundido en el alba del advenimiento
del amor que ampara todo sufrimiento
y espiritualiza todo hondo gemir.

Trémolo de notas límpidas, que lenta
y amorosamente la esperanza alienta,
y en la triste vida de ilusión sedienta
deshoja una dulce rosa de ilusión;
cadencioso canto que ágil se desprende
de los campanarios y a la aurora asciende,
mientras la clemencia de una escala tiende
desde las estrellas hasta el corazón;

cándido, sereno, melodioso canto
que piadoso logras restañar el llanto
con la suave gracia y el sutil encanto
de tu compasiva voz angelical,

lleva al escondido, mísero recinto
donde mi recuerdo guarda un inextinto
dolor, el consuelo de un eco distinto
de tu alborozado vuelo matinal.

Resonad, campanas, campanas sonoras,
campanas vibrantes, raudas tañedoras
de las luminosas matinales horas
que aclara el celeste fúlgido roel,
y el glorioso arribo de las caravanas
evocad, campanas, trémulas campanas
que volcáis las perlas de amorosas dianas
en las claras albas de oro de Noël.

Días de gloria

Para mi sabio amigo el eminente
Carlos de la Torre.

I

CARLOS, desde el propíleo de tu sabiduría,
tu persuasión difunden las perlas de tu acento,
y a la avidez de abismo de mi melancolía
trascienden tu enseñanza como un deslumbramiento.

Del milagroso encanto de tu obsesión, avara,
va persiguiendo el alma tus luminosas huellas,
suspensa de tu fuerza de indagación, que aclara
su sombra con un amplio relampaguear de estrellas.

Pendiente del portento de tus enunciaciones
deslúmbrala el acierto de las orientaciones
que de tu ciencia fijan las múltiples conquistas;

y a tu misión ligada por misterioso engarce,
de tu mental prodigio sobre ella el arca esparce
diamantes y zafiros, carbunclos y amatistas.

II

TAL como un taumaturgo Don Juan, enamorado
de la maravillosa leyenda de los mares,
tu amor a su opulento dominio encadenado
desflora sus azules enigmas seculares.

Sumisa a la imperiosa demanda de tu empeño
se entrega a tu reclamo la codiciada mina,
y ofrece a tus pupilas el deslumbrante ensueño
que trémula clausura la inmensidad marina.

Tus interrogaciones inquieren del abismo
los cósmicos secretos del sordo cataclismo
que ocultan las facetas de un cabrillear de oro;

y dueño del prodigio de la marina gesta,
le arrancas, explorando la atlántida floresta,
sabias revelaciones al caracol sonoro.

III

La tierra, la fecunda, la providente tierra
que sangra, herida, el oro y el mirto y los trigales,
y compasivamente, sobre la muerte, cierra
el sueño de sus amplios misterios funerales;

ofrece a tu incesante labor sus invioladas
grutas, sus inviolados y milenarios senos,
y por tu heroico esfuerzo vidente desfloradas
te rinden sus cavernas siglos de vida plenos.

Desciendes a la noche del tiempo, y con el día
asciendes de la gloria, que a tu misión confía,
para que la difundan las luces de tu mente,

la historia de una raza perdida en el pasado,
como el fulgor de un astro que hubiérase apagado,
y a tu conjuro diera reflejos de su oriente.

IV

RASGANDO las entrañas del hierro y del granito
donde tu pensamiento cristalizó su audacia,
dialogan con las hondas voces del infinito
tus experiencias plenas de luminosa gracia.

Y de una portentosa quimera aventureros
persiguen los ensueños de tus meditaciones
bajo el cristal movible perdidos derroteros
para plasmar la imagen de pétreos eslabones.

Con tu visión a solas descifras el arcano
que a tu mirada intensa diafanizó el oceano,
y de la tosca gema donda tu hallazgo encierras

forjando un yugo, triunfas de heroicos batallares;
su afán, sobre la tierra va uniendo inmensos mares,
tú, bajo el mar inmenso vas enlazando tierras.

V

EL FUEGO, el mar, la tierra... sólo te falta el cielo
para regir la enorme cuadriga de tu fama,
y ya tu pensamiento, tal vez, inicie el vuelo,
y tu ánima presienta que el cielo te reclama.

Acaso de tu ciencia los cálculos deslumbre
y embargue de tu mente las sabias abstracciones,
con su temblor de alas y su dorada lumbre
el armonioso ritmo de las constelaciones.

Si la visión te pasma de la amplitud celeste,
no la impaciencia alada de tu avidez arreste
la ruta, enamorada de un sideral diamante;

que el cielo, de su vasta floresta luminosa,
te arrojará como una relampagueante rosa
la chispa fragmentaria de alguna estrella errante.

VI

Del lauro que en las islas de oro ensombrecía
las sendas armoniosas; del lauro estremecido
por el clásico ambiente sonoro, que ceñía
las testas que han triunfado del tiempo y del olvido;

una frondosa rama pujante reverdece
entre la nieve pálida de una comarca helada,
y bajo el cielo cándido de nuevo resplandece
como en el suelo helénico de su región dorada.

Carlos, para tus sienes, del lauro codiciado
que de una nueva raza la estirpe ha consagrado,
te hace la ofrenda el Norte de una hoja resonante;

con ella, taumaturgo de la naturaleza,
la isla del sol encantas, y a transmutarse empieza
en Cíclada risueña del fabuloso Atlante.

TREGUA SAGRADA

A mi madre,
amor et dolor sacri.

Bajo la tienda

SILENCIO, dulce tienda de la melancolía,
silencio, compasivo refugio del dolor,
ala con que la muerte su persuasión envía
y ala con que la vida cobija su clamor.

Piadoso y grave asilo de todo sufrimiento,
de todo ensueño logras el vuelo clausurar
y al misterioso influjo de tu recogimiento
del alma se oye el sordo y eterno musitar.

Como la dicha frágil, persuades como el llanto,
y ofreces a las almas un milagroso encanto
de comunión, que el ruego no logra trasmitir...

Silencio... eco lejano del sueño y de la ausencia,
por no quebrar tu vasta y etérea inconsistencia,
mi corazón, inquieto, suspende su gemir.

Gesto heroico

TAL como los misterios de la noche profunda
preceden a la clara pureza matinal,
y en toda sementera los gérmenes fecunda
el corrosivo abrazo del limo terrenal;

descubro, hora tras hora, la luz de una enseñanza
en todo sedimento de llanto que hay en mí,
y al fondo penetrando, vislumbro una esperanza
en todo oscuro abismo de mi dolor. Así

para que mis perennes tristezas fructifiquen
haré que sus simientes en mí se multipliquen,
y con un amplio y grave gesto de sembrador,

a los amargos vientos de las desolaciones
y a la de amor y ensueño sed de los corazones
deshojaré la inmensa rosa de mi dolor.

Propósito

ESPIRITUALICEMOS las heces de la vida
con un poco de ensueño y exaltación mental,
y hagamos del recuerdo de cada hora perdida
para el dolor, un dulce refugio terrenal.

Con la fecunda sangre de nuestra mente herida
lustremos el hechizo tenaz de lo fatal,
y la indomable carne sensual y perseguida
trascienda un amoroso vigor espiritual.

A todo labio henchido de amor roguemos mieles,
de toda ideal floresta soñemos los laureles
y a todo heroico empeño pidamos su embriaguez;

para que el alma plena del alma de las cosas,
florezca en un derroche primaveral de rosas
sin presentir la amarga traición de la vejez.

Previsión

Hijo, de cada instante que pasa presuroso
diafanizar procura la próvida enseñanza,
y si es para tu vida fatal y doloroso,
te deje, por lo menos, un poco de esperanza.

La sucesión efímera de las fugaces horas
transforma en luminosas y sabias experiencias,
para que los silencios de tus indagadoras
concentraciones, tengan videntes transparencias.

Así, la rauda fuga de los errantes días
traiga a la persistencia de tus melancolías
con el ensueño cándido la persuasión del fuerte:

y salva, en la derrota de los esquivos años,
alzando el alma heroica sobre los desengaños,
el corazón sin manchas para afrontar la muerte.

Aptum reddere

ETERNAMENTE inquietos ante el dolor, en este
luchar heroico y rudo contra los desalientos,
la gracia demandamos de un resplandor celeste
para aclarar la noche de nuestros pensamientos.

Tenaz y loco empeño de redimir la vida
tan triste, tan amarga, tan desconsoladora,
de la perenne angustia del ánima afligida
con el fugaz reflejo de un resplandor de aurora.

La gracia que imploramos está en nosotros mismos,
y fecundando, estoicos, serenos optimismos
vencer alcanzaremos en las desolaciones,

si del amor siguiendo las luminosas huellas
el alma deslumbramos con un temblor de estrellas
para aclarar la noche de nuestros corazones.

De retorno

He vuelto a recorreros, senderos del lugar
donde sentí, al influjo de mi primer dolor,
el alma como un cáliz abrirse a todo amor
y el pensamiento fértil a todo meditar...

He vuelto a repasaros en la crepuscular
hora de los ensueños, con tal evocador
poder de reviviros fieles en mi interior
y veros con las dichas furtivas retornar;

que vuestras solitarias rutas al recorrer
en mis divagaciones, han vuelto a florecer
con todos los misterios con que gocé o sufrí;

y he soñado un instante la vida retener,
y al haz de los encantos pretéritos volver,
al sentir el pasado como llorando en mí...

Imploración

PIEDAD para las almas, Señor, que aun no han logrado,
la redención celeste de la serenidad,
para las pobres almas que el mundo ha destrozado
y aun tu refugio ignoran, piedad, Señor, piedad.

Piedad para los tristes heridos corazones
presas de una perenne y estéril acritud,
que el hálito calcina de todas las pasiones
y aun de tu gracia vírgenes, se mueren de inquietud.

Piedad para la inútil, la atormentada vida
que aleja de tu huella la senda recorrida
tan llena de amargura, tan llena de dolor;

y al eco sollozante de su clamor, responda
la dulce, la serena, la espiritual, la honda
revelación clemente de tu piedad, Señor.

Pax animæ

Corazón, no te agotes en estériles bregas,
ni a la angustia te rindas del perenne clamor
con que amengua la vida, tras cobardes entregas
la armoniosa grandeza de su propio dolor.

Para toda ansia loca ten un poco de olvido
y un instante de tregua para todo sufrir,
no eternices tu llanto por lo que hayas perdido,
ni te embriagues de ensueño por lo que ha de venir.

¿Para qué los afanes si es tan triste el sendero?
¿Para qué la esperanza, si el encanto postrero
que a la dicha imploramos es voluble y fugaz?

Diafaniza tu abismo, mientras llega la muerte,
con lustrales clemencias, y demanda a la suerte
honda paz solamente, corazón, honda paz!

En la distancia

DESDE la ventanilla, con mi indolente hastío
a cuestas, voy mirando como entre la maleza
la sierpe aventurera del caprichoso río
con desfallecimientos de amor se despereza.

De pronto,—en la distancia, que aproximar ansío
y acerca a mis pupilas la matinal pureza,—
tras una loma brilla fugaz el caserío
que trágase otra loma cuando a ensancharse empieza.

Y la visión que rauda como un ensueño huye,
en el recuerdo, avara de vida, reconstruye
con su dorado ambiente los íntimos lugares

que mi pasado entrañan; como en la lejanía
engáñase el viajero, cuando la costa envía
un hálito de rosas sobre los anchos mares.

Viñeta

Esta solar mañana de transparencias plena
tiene una cristalina gracia resplandeciente
tan límpida, tan pura, tan clara, tan serena,
que el alma se sumerge desnuda en el ambiente.

La sideral turquesa se ensancha engrandecida
del diáfano aire fúlgido por el cristal sonoro,
y de la tierra emana como un tremar de vida
que asciende difundiéndose en un tremar de oro.

Ni un vuelo, ni una sombra, ni un pálido celaje
maculan la dorada lámina del paisaje
celeste, en que el ensueño su copo azul devana,

y sobre el claro esmalte de estelas luminosas,
las cándidas agujas se yerguen temblorosas
en el deslumbramiento de la solar mañana.

Regresiones

A veces una nube que pasa; una imprecisa
voz que suena lejana; la queja de los mares
sobre la arena; un roce del ala de la brisa,
o un lampo deslumbrante de oros crepusculares;

me dicen tantas cosas de mi fugaz pasado,
con tal vigor reaniman la efímera inconciencia
de mi niñez, que dudo si todo lo ambulado
ha sido sólo en sueños, o ha sido mi existencia.

Así por una suerte de espiritual regreso,
lo efímero que encierra mi corazón opreso
pierde la inconsistencia del tiempo y la distancia,

y por la voz, la nube, la brisa y el poniente
preso, de mis recuerdos en el dorado ambiente
paréceme que vivo la vida de mi infancia.

Hechicería

El alma encantadora de los fugaces días
sutil e inmarcesible trasciende del olvido,
y al dulce predominio de sus hechicerías
transforma en el recuerdo lo que fingió extinguido.

No hay corazón tan triste que no ilumine alguna
celeste huella, alguna memoria del pasado
que fantasmagorice con un tremor de luna
los trágicos recintos que el tiempo ha desolado.

La vaga inconsistencia de un sueño, la quimera
incauta que la vida forjó en su primavera,
aun del dolor la herida lejana renovada

por regresiones súbitas del alma, reaparecen
en el recogimiento mental, y resplandecen
con el fulgor romántico de pálida alborada.

Altruísmo

POBRE alma adolorida, no temas el tormento
de nada duradero que a tu visión se esconda,
que todo es fugitivo, que todo es del momento
y tiene la inconstancia del viento y de la onda.

Ni sueñes el hechizo de un inmutable encanto
ni la embriaguez suprema de un sosegado olvido,
que siempre a la quimera sucede, amargo, el llanto,
y hasta el recuerdo efímero busca el dolor perdido.

Así, serena y sola, pobre alma adolorida
llena de incertidumbres, podrás darte a la vida
transfigurando el germen de tus cavilaciones,

y en vértigo amoroso de exaltaciones locas,
asir todas las manos, besar todas las bocas
y adormecer de ensueño todos los corazones.

Sabiduría

Aceptemos la vida, Señor, como si fuera
un celeste mensaje de dichas portador,
cual de esperados frutos henchida sementera,
tal la vida aceptemos, efímera, Señor...!

Si en los florecimientos de esquiva primavera
fecunda las sedientas semillas el dolor,
en el furtivo tránsito de la fugaz carrera
transfórmalas el dulce milagro del amor.

Aceptemos la vida con sus vacilaciones
y vigorice el llanto los tristes corazones,
que sabia recompensa logra en la brega, quien

tenga, exaltando el alma con un flagrar de auroras,
en las incertidumbres de las amargas horas
el consuelo inefable de realizar el bien...

Divagación

HORAS de intensidades y de meditaciones,
horas de incertidumbres y de recogimiento,
que despojáis la vida de dulces soñaciones
al aventar el trigo lustral del pensamiento.

¡Cuán dolorosos surcos labráis, amargas horas
de sabias experiencias y claridad mentales,
que perturbáis las almas ante las tentadoras
ofertas de las dulces visiones terrenales!

Labor de persuasiones, labor de persistencias,
que lentamente brega segando inexperiencias
hasta dejar de ensueños el corazón extinto;

vuestra promesa ofusca la desolada vida
con un deslumbramiento de tierra prometida...
y súbito, calcínanos la brama del instinto.

Sol poniente

MELANCÓLICAMENTE, con la melancolía
profunda y reflexiva de las meditaciones,
discurro por mi vida, por esta vida mía
tan llena de amarguras y ensueños y visiones.

Recorro, ensimismado, la ruta de los años
fugaces y dorados de mis inexperiencias,
y un olvidado aroma de ingenuos desengaños
trasciende en las revueltas con hondas persistencias.

Refúgiome en la torre de mis encantamientos,
y en busca de una tregua para mis desalientos
mi alma de sus dominios la soledad recorre;

por reanimar se afana todo un pasado extinto,
y al intentar de nuevo soñar en su recinto
con ruido de fracaso desplómase la torre.

EN EL ALA DEL VIENTO

Siempre tú...!

Ya lejanas, mi amor, muy lejanas
nuestras horas de dulce embriaguez,
he pedido al recuerdo sus alas
al pasado soñando volver.

He anhelado, cautivo, de nuevo
tu amoroso dominio sufrir;
y en la malla fugaz de un ensueño
estar cerca, muy cerca, de ti.

He querido, sediento, en mis labios
que aun conservan la dulce obsesión
de tus besos, sentir el engaño
de tus húmedos labios en flor.

Con el haz de tus crenchas sombrías
mi cadena de nuevo forjar,
y otra vez depender de tus risas,
y otra vez con tu llanto llorar.

Nuevamente rendirme al influjo
que mi vida a tu vida enlazó,
y ampararte en el dulce refugio
que al regreso te dé el corazón.

Bajo el claro fulgor de tus ojos
redimir mi tristeza en la luz,
y sondear, prisionero en su fondo,
sus abismos velados de azul.

Evocando en la gracia de un vuelo
nuestras horas de dulce embriaguez,
he implorado su auxilio al recuerdo
al pasado queriendo volver;

y has tornado, mi esquiva adorada
amórosa y sumisa a mi voz,
que he sentido cruzar por mi alma
melancólicamente al dolor...!

Dominadora

Tímidamente, tímidamente,
por el celeste tul prisionero,
sonrosa un sueño tu blanca frente
bajo las alas de tu sombrero;

y como un breve paisaje, cuando
lo desenvuelve la lejanía,
lo va ensanchando, lo va ensanchando,
tu aventurera melancolía.

Que fecundando tu primavera
vitales ansias de floraciones,
sueña tu sueño con la quimera
de ir poseyendo los corazones.

Empeño inútil o fértil sueño,
toda tu frágil belleza exalta,

que transformada por el empeño
tu dulce gracia vivaz resalta.

Para sentirte dominadora
por intuiciones que no te explicas,
sientes a veces que algo en ti llora
mientras tus claras risas repicas.

Y así tu gesto grave y complejo
se anima a ratos con tu viveza
de colegiala, como un reflejo
de risa y llanto, dicha y tristeza.

Si en una pausa desfalleciente
tristes tus ojos sin rumbo fijas,
lanzan tus manos súbitamente
los resplandores de tus sortijas.

Y si riendo con risa loca
la gama expandes de tu alborozo,
su alegre risa tu alegre boca
va armonizando con un sollozo.

No hay un anhelo que tu alma asalte
que no fulgure con dulce instancia
de tus pupilas en el esmalte
como atenuado por la distancia;

y no hay un cándido pensamiento
que no transformes al insinuarlo,

dejando al ala del vago viento
la inconsistencia de propagarlo.

Tal has dejado que te atormente
con su dominio tu aventurero
sueño, que ronda constantemente
bajo las alas de tu sombrero;

y me atormenten tus obsesiones
con la quimera de poderío
de ir poseyendo los corazones,
si eres eterna dentro del mío.

Campesina

En la matinal neblina
desgranan perlas y mieles
los sonoros cascabeles
de tu risa cristalina.

Toda la vega vecina
pueblas de cuitas crueles
con tus pasiones infieles
de indomable campesina.

¿Qué importa, si en la colina,
bajo los viejos laureles,
una dulce flor latina
evocan los cascabeles
de tu risa cristalina?

Matinal

Flor de abril que a la dorada
transparencia matinal
repicas en la cañada
tu risa primaveral;

dicen que de la cascada
en el sonoro cristal
hay una ninfa encantada
que es a tu prodigio igual.

Hoy no te vi en la cañada,
y al llamarte, el manantial
tembló con tu risa alada
repicando en la dorada
transparencia matinal.

Canta...!

Lirio de los valles, canta,
canta cuando muere el día,
que el dulce arrullo de tu voz encanta
la agreste y vesperal melancolía.

Cuando tú cantas, las rosas
presienten la primavera,
y en las rubias espigas temblorosas
se oye el rumor de toda la pradera.

Canta, canta tus canciones
de agreste melancolía,
que tienen en tu voz los corazones
un refugio de ensueño y lejanía.

Inexperiencia

Por una gota de tu miel
te di confiado el corazón...
Rosa de abril, ¿qué harás con él,
venablo, espejo o eslabón?

Como el amor es tan sutil,
y el sufrimiento es tan tenaz,
Rosa de abril, Rosa de abril,
cuida de no perder la paz.

Si haces venablo punzador
del corazón que te entregué,
bajo tu encanto seductor
recuerde acaso lo que fué;

y no pudiendo soportar
tu juego irónico sufrir,
para sus ansias acallar
tu propio pecho llegue a herir.

Si es un espejo que el fulgor
de tu pupila sideral
vuelva, fingiendo el resplandor
de un claro cielo matinal,

siempre en su luna te verás
en mis ensueños revivir,
sin que tu imagen ya jamás
del fondo llegues a extinguir.

Si un eslabón quieres hacer
y de tus manos al calor
sientes mi vida florecer
como en un gran lirio de amor;

tal vez pretenda el corazón
tus dulces crímenes vengar
Rosa de abril, y el eslabón
tu vida logre encadenar.

Por una gota de tu miel
el corazón te di a la luz
de tu mirar, puedes con él
hacer tu vínculo o tu cruz:

mas si el amor es tan sutil
y el desengaño es tan falaz,
para tu bien, Rosa de abril,
cuida de no perder la paz...!

Rima pagana

La flor de tus labios rojos
forja el mágico eslabón
que enlaza mi corazón
al dominio de tus ojos.

Mi corazón, que en un beso
cambia el ansia de vivir
por la dicha de morir
entre tus labios opreso;

soñando en tus labios rojos
que al fuego de tu pasión
amorosos sus despojos
serán llamas de tus ojos
y ansias de tu corazón.

Nevando...

Fuí a soñar con tu amor bajo la tienda
del viejo almendro en flor
que cobijó con sus inmensas ramas
nuestro doliente adiós;
de la brisa fugaz el ala inquieta
las ramas agitó,
y una lluvia de pétalos de nieve
cayó en mi corazón,
perfumando, piadosa, tu recuerdo
en la triste embriaguez de mi dolor.

En tus manos

MUCHACHITA, muchachita,
si tu empeño solicita
de mi tristeza
un verso, una rima, un canto,
que hable del risueño encanto
de tu belleza;

mi corazón en tus manos
pongo, de sueños lejanos
acaso guarde
el oro de una quimera,
que como tu cabellera
finja la tarde;

y entre líricos abrojos
el hechizo de unos ojos

y una sonrisa
como los tuyos; mas breve
sé, que la amargura aleve
viene de prisa...

Del trópico

Tu mirada, al ensueño propicia
melancólicamente acaricia
como deshojando rosas de pasión,
y propicia a la trémula llama
de la vida, las ansias inflama
que contigo sueñan sobre el corazón.

Cielo azul o tiniebla estrellada,
temblorosa al brillar tu mirada
la ventura ofrece de tu languidez,
y en tus claras, enormes pupilas,
hay promesas de cosas tranquilas
y revelaciones de intensa embriaguez.

En la vaga y sutil transparencia
de tus ojos, hay tanta indolencia
y tan infinita gracia espiritual,
que en un haz de dorados fulgores
tu visión de liliales pudores
turba un tempestuoso rayo pasional.

Melancólicos ojos arcanos
que interrogan misterios lejanos
vagamente ansiosos de una tentación,
tu mirada en su fondo cautiva
dulcemente las ansias aviva
que contigo sueñan sobre el corazón.

Gemas equívocas

Para Miguel de Marcos.

Por el esmalte de tu pupila
como un venablo cruza el reflejo
de la impaciencia que te aniquila
y aguza el arco de tu entrecejo.

Chispa de Psiquis que brilla inquieta
de tus pestañas tras el encanto
y en la clausura de una violeta
dora un incierto temblor de llanto.

Lumbre que incauta traiciona el sueño
que exasperando tu sensualismo,
cierra tus ojos ante el empeño
de dominarte sobre el abismo.

Flecha de oro reveladora
de la impureza que te desvía
para aclararte lo que aún ignora
tu prematura melancolía,

y en la caricia de tu mirada
diáfana y honda, punzante hiere
con la agudeza sutilizada
de lo que explora, de lo que inquiere.

¡Cuántos misterios que aun desconoces
y que deforman tus breves años,
en tus pupilas mienten precoces
desilusiones y desengaños!

¡Cuántos oscuros presentimientos
que tu alma acosan y martirizan,
en los azules florecimientos
de tu mirada se diafanizan!

¡Y cuántas ansias que han torturado
ya tu impaciencia de adolescente
llenan tus ojos con el pecado
que te alucina constantemente!

Resplandecencias de horas tranquilas
o lobregueces de amargas horas,
se transparentan en tus pupilas
fosforescentes y turbadoras;

y así tus ojos, como esas gemas
claras, que tienen varios matices,
tu alma concentran en los dilemas
de lo que piensas y lo que dices.

Cuando un momento de pesadumbre
presagia cuitas y desamparos,
tiembla rebelde la intensa lumbre
que dramatiza tus ojos claros:

si el llanto nubla por un instante
tu vista, quiebra su frágil niebla
la aventurera luz de levante
que tu pupila de espacios puebla;

y si de nuevo tu caprichosa
viveza exalta tu pensamiento,
de tu mirada la temblorosa
chispa refleja tu aturdimiento.

Tus ojos, simas de tu alma inquieta,
guardan, urdiendo tus intuiciones,
en la clausura de una violeta
vagos instintos y hondas pasiones;

que al mantenerlos entrecerrados
mientras dialogas contigo misma,
filtran fugaces lampos dorados
como estelares luces de un prisma,

y al ensancharlos, como si fuera
tu afán en ellos guardar los mares,
tu ofrecimiento de primavera
tiembla en llameantes rayos solares.

Cuando extasiados quedan suspensos
sobre un pasaje de tus lecturas,
fulgen tus ojos claros e inmensos
alucinantes llamas impuras;

y si rendidos de leer, los velas,
guardan, avaros, las desnudeces
de las viñetas de las novelas
con que tus ansias de amor acreces.

Tus ojos, ebrios de ensueño, han visto
cristalizando tus soñaciones,
de los exangües labios de Cristo
volar radiosas las oraciones;

y tras el llanto con que se escuda
tu unción piadosa, con sus reflejos
te han sorprendido toda desnuda
presa en las aguas de tus espejos,

con la amorosa llama propicia
que une en el brillo de tu mirada
la dulce gama de la caricia
a las torturas de la inviolada,

y en los cristales de tu memoria
con minucioso delineamiento
vuelve y trasluce toda la historia
de tus insomnios en el convento...

Pálidas gemas de hechizo plenas,
claras pupilas de quince años,
húmedas, hondas, graves, serenas
bajo los finos bucles castaños;

si por diabólico maleficio
de vuestro influjo, me abisma el vicio
brusco, impetuoso, fatal, zahareño...
salvadme, pías, del precipicio
con un celeste fulgor de ensueño.

COBRES

A la sordina

SEÑOR: vuelve piadoso tus ojos a la tierra
que tanto ha padecido; Señor, vuelve piadoso
tus ojos a este huerto que desoló la guerra
y acude a ti, sediento de paz y de reposo.

De tu divina gracia descienda la infinita
piedad, y diafanice los ánimos inciertos;
la tierra, tras la lucha cansada, necesita
un poco de sosiego para llorar sus muertos.

Señor, vuelve a nosotros tus ojos compasivos
y en nuestras fraternales contiendas, persuasivos
inflamen tus ejemplos de amor los corazones;

y sólo en el recuerdo la sangre y el espanto,
a nuestros hijos llegue con un temblor de llanto
la historia ensangrentada de las revoluciones.

Salutación de la lira

«... Consolidada la restauración de la República, un propósito de mi gobierno será facilitar e impulsar el desenvolvimiento de las ciencias, las letras y las artes; puesto que al mayor auge y esplendor de un pueblo, deben contribuir los adelantos de sus hombres científicos, el brillo de sus poetas y escritores y la gloria de sus artistas.»

GRACIAS, Magnate, gracias en nombre de la lira
por la celeste mirra que en la revuelta pira
quemas ante la Musa que el gesto heroico admira;

gracias, Señor, en nombre de tantos corazones
que aislados en la selva de las desolaciones
el tránsito esperaban de las resurrecciones,

y de tu voz magnánima al persuasivo acento
presienten, exaltados amor y pensamiento,
de las resurrecciones el dulce advenimiento.

Sobre la frente olímpica la austera poesía
con el inmarcesible viejo laurel ceñía
la emponzoñada adelfa de la melancolía,

y tras la frágil niebla del llanto, la mirada
que deslumbró en cien luchas el brillo de la espada
erraba por la inmensa llanura desolada,

en las confusas ruinas buscando inútilmente
un seno compasivo donde apoyar la frente
y restañar del llanto la desbordada fuente;

que al terminar la bronca borrasca de la guerra,
con hálito de muerte que aun la memoria aterra,
un soplo de tormenta pasó sobre la tierra,

segando en la encantada floresta del ensueño,
de todo sentimiento consolador, el sueño,
de todo pensamiento romántico, el empeño.

Tras la gloriosa brega las armas vencedoras,
cual de vitales ansias fecundas sembradoras,
las almas deslumbraron con un flamear de auroras,

y amplios los horizontes mostráronse a la vista,
la libertad creyendo segura su conquista,
y en la tiniebla un lampo forjándose el artista;

que enloquecida el alma sedienta de esperanza,
tras el horror y el llanto no supo de enseñanza
ni vió al error tramando la pérfida acechanza;

la que hizo de la patria misérrima cautiva,
el ímpetu anulando de toda iniciativa
y a toda suerte intensa de aspiración, esquiva.

Cuántos, cuán lentos años de torpe indiferencia
dejando su estulticia fueron en la conciencia
famélica, en el germen de estéril indolencia!

Y cuántas ilusiones en esos torvos años,
—al arte y a la gloria y al entusiasmo extraños—
hundiéronse en los mares de amargos desengaños;

que sordo a los empeños del alma el poderío,
en torno de los sueños prodújose el vacío
y pudo sólo el arte segar flores de hastío!

El persuasivo encanto de la naturaleza
a veces imperioso domando la pereza
del ánimo, regaba simientes de belleza;

vastas sonoridades de lírica harmonía,
sartas de milagrosas perlas de poesía,
iris deslumbradores de ardiente pedrería,

perdidos en el ala del vagabundo viento,
sin alcanzar más triunfos en su florecimiento
que la amargura estéril de un triste desaliento,

y sin lograr más suerte de estímulo en la brega,
que la altivez gloriosa de quien jamás se entrega,
con que azotar, airado, la muchedumbre ciega.

Y hoy cuán lejanos cielos la aspiración alcanza,
cómo al ensueño muestra piadosa la esperanza,
del arte y de la vida la espiritual alianza!

Cómo del pensamiento se ensancha la pupila
ante el poder del hierro que labra y que burila
sobre el horror del hierro que ciega y que mutila,

y cómo agradecidos tiemblan los corazones
que errantes en el huerto de las desolaciones
se enlazan al anuncio de las resurrecciones!

Gracias, Magnate, en nombre de la doliente musa
de la epopeya patria, por la expresión conclusa
de tu palabra ardiente de inspiración profusa.

Gracias te da mi labio que indómito y sincero
no ha mancillado un rictus venal ni lisonjero,
—¡sólo de mis lirismos he sido aventurero!—

y aislado en la dorada niebla de mis lirismos
jamás doblé la testa, ni en torpes servilismos
envilecí mis cantos ante hombres ni ante abismos,

que ajeno a los clamores de locas muchedumbres,
errante con mis sueños y con mis pesadumbres
sólo miré a los astros y ambicioné las cumbres.

Todo a tu voz sonora de vigoroso alerta,
cual de un profundo sueño parece que despierta
estremecido al dulce conjuro de tu oferta.

Todo a tu noble acento de vida se reanima
ansioso de la magia sutil que lo redima;
la gama, y el espectro, y el mármol, y la rima.

Hasta la misma tierra su savia recupera
y en la vital promesa de henchida sementera
tiembla un florecimiento sensual de primavera,

como si dependiesen del gesto de tu mano
los impacientes jugos del opulento grano
que con sus oros cuajan los soles del verano.

Tienes, como en su vuelo las águilas caudales,
la amplia visión que desde las selvas siderales
abarca y escudriña las breñas terrenales.

Tienes, cual los leones, la zarpa vigorosa
que hiere y que extermina fatal a quien le acosa
y a quien sus iras calma doblégase amorosa;

y acompañando el vuelo de la viajera andina
o domeñando el ímpetu de la expresión felina,
en tu alma hay una dulce paloma venusina.

Tu espíritu complejo, de sedas y de acero,
a la leyenda aduna gloriosa del guerrero,
la seducción de un ruego de amores misionero,

y así, deslumbradora refléjase en tu espada,
con un tropel de cantos soberbios de la Iliada,
tu vida, por tus sueños de amor transfigurada.

Tu decidido empeño de regeneraciones
transforma el grave treno de las imprecaciones
en apacible y dulce susurro de oraciones.

Y fecundando el germen que el mísero pasado
dejó entre los escombros del templo derribado,
simula en su grandeza tu nuevo apostolado

yedra que reverdece la carcomida encina,
rayo de sol que alegre las rutas ilumina,
vena que encanta y riega la abandonada ruina.

Magnate, de tu esfuerzo sellando la eficacia,
en el robusto tronco de tu ejemplar audacia
deshójase una rosa de femenina gracia,

y ciñe inmarcesible tu victoriosa testa,
como si descendiera de la lejana gesta
un lauro que te ofrece la homérica floresta.

Tu exaltación, que aclaman un resonar de espadas
y un resonar continuo de manos agitadas
y ardientes corazones, que llegan como oleadas,

será para la patria la venturosa egida
que ampare la esperanza de su naciente vida
y sus magnificencias de tierra prometida,

que llena de ansiedades, y en ti los ojos fijos,
los consagrados manes de sus estoicos hijos
para juzgar tus actos, transforma en crucifijos.

Confiada a tus designios, sobre tus hombros pesa
la suerte de esa patria; no olvides tu promesa
en la viril conciencia con tu palabra impresa,

y deja de tu paso por la escabrosa cumbre,
de tu grandeza austera, la firme certidumbre,
y de tu heroico brillo, la persistente lumbre.

Gracias, Magnate, gracias en nombre de la lira
por la celeste mirra que en la gigante pira
ofrendas a la musa que el grave gesto admira,

y gracias en el nombre de tantos corazones
que libres del martirio de las desolaciones,
te aclaman en el alba de las resurrecciones.

Canto de clarines

Para Wifredo Fernández.

Un canto de clarines y un vuelo de campanas
desgránanse en el oro de la mañana, y siento
por mis recrudecidas tristezas más lejanas
correr la crispatura de un estremecimiento.

A solas con sus torvos recuerdos, desfallece
mi corazón, que turban los ecos de la gloria
con un clamor tan grave, tan hondo, que parece
que están doblando a muerto dentro de mi memoria.

Mientras enardecidas pasan las muchedumbres,
vago con mis ensueños y con mis pesadumbres
al entusiasmo, ajeno, del clamoroso día...

Señor: dame una tregua para que el alma errante
siga a las multitudes; Señor, un solo instante
líbrame del martirio de mi melancolía.

El corazón, henchido por el clamor inmenso
que tiembla y se dilata con un triunfal encanto,
fecunda un optimismo tan sano, tan intenso,
que fúndese en el riego consolador del llanto.

En el sonoro ambiente desata el vocerío
de sus exaltaciones la prodigiosa gama,
con un desbordamiento de caudaloso río
que en el revuelto oceano del alma se derrama.

La gloria, entre el estruendo de voces agoreras,
asorda en las campanas, tremola en las banderas
y clama en la fanfarria de la trompetería;

y ante el deslumbramiento fastuoso de la gloria,
muy tenue, muy lejana, se aclara en mi memoria
la inconsistente niebla de mi melancolía.

Tras hondos desalientos, de nuevo el alma siente
la turbación ingenua de los primeros años,
cual si la redimieran definitivamente
de sus concentraciones y de sus desengaños.

Mi taciturna vida se ha reanimado, exenta
del sedimento amargo de las meditaciones,
y tras las muchedumbres, ebria de amor, alienta
y se confunde y llora con tantos corazones.

De nuevo los sonoros clarines de la gloria

han suscitado un eco lejano en mi memoria
como un florecimiento de cándida alegría...

y en mis vacilaciones se ha disipado el miedo
que infúndeme la dicha; gracias, Señor, ya puedo
tornar a los abismos de mi melancolía.

Visión helena

Sobre un trágico cielo de ocaso, en la armoniosa
penumbra de una arcada sonora de laurel,
sugiere amplios ensueños... oro, alabastro, rosa,
que audaz macula el pliegue de una salvaje piel.

De un término marino metálico y sangriento
penetra la acerada pupila la extensión,
como si diluyera dolor y pensamiento
en la tortura extática de la contemplación.

Un gesto ambiguo inician las sonrosadas manos,
y hasta en los solitarios recintos más lejanos
melancólicamente se enarca el lauredal,

como si la tristeza toda iniciara un vuelo,
como si la amargura toda cubriera el cielo,
como si todo el llanto fundiérase en raudal...

Tregua magna

RESPLANDECIENTES alas con que la Epifanía
sagrada tregua implora del tránsito sangriento;
celestes y amorosas alas de profecía
que la tragedia amparan con su deslumbramiento.

Tendidas en un vuelo de compasiva gracia
rozáis las frentes trágicas un fugitivo instante;
y a vuestra sombra cándida doméñase la audacia,
cruzando por las almas un claro de levante.

Cubrid, alas, magnánimas, los torvos corazones,
cubrid, alas, propicias, la temeraria suerte,
y ante el milagro, absortos y mudos los cañones,
piadosa la esperanza, florecerá en la muerte.

HECHIZO PELIGROSO

Dominio eterno

HECHIZO peligroso del femenino encanto,
en las viriles ansias disuelto eternamente,
que en nuestras inquietudes eres perenne llanto
y eres, en nuestra dicha, fugaz y sonriente.

Hechizo peligroso que la afanosa vida
transformas con tu mago cristal de encantamiento,
dando al ensueño, a veces, inerme ala transida
o alzando, milagroso, sus torres en el viento.

Suspende la existencia la frágil resistencia
de un tenue hilo de oro; la vaga inconsistencia
de un hálito más leve que un pétalo de rosa;

atormentado soplo, sutil hebra dorada
que con el beso virgen y la húmeda mirada
tu femenino encanto perpetuamente acosa.

Peregrinaciones

ANSIOSA y fatalmente, de paso por la vida
vamos peregrinando, sin acertar jamás
al fin de qué sendero la tierra prometida
que espera nuestro ensueño nos dé una tregua. Atrás

quedan en las lejanas revueltas del camino
las fugitivas horas de efímera embriaguez,
que a la celeste lumbre del oro vespertino
piadosas transfiguran su trágica esquivez.

De paso por la vida la senda atravesamos,
y lo que de la dicha nos toca, abandonamos
para seguir la huella de una alucinación;

ansiosa y fatalmente la estela de tu lumbre
te aleja de mi noche polar de pesadumbre...
y acaso te ilumine mi propio corazón.

Para siempre

Ya nunca podré olvidarte,
que con tu entrega, alma mía,
logró mi melancolía
para siempre aprisionarte.

Y de la vida en la brega
ya jamás de mi amargura
se apartará la insegura
vacilación de tu entrega;

que inició en tu rendimiento
la aurora de un nuevo encanto,
cual si una niebla de llanto
velara un florecimiento,

cuando en nuestros corazones
turbó el doliente reposo
vital reclamo imperioso
pleno de alucinaciones.

Vencida, tu resistencia
rebelábase a mi empeño,
que aun el oro del ensueño
escudaba tu inocencia,

y del ensueño en el oro
fué mi lujuria engarzando
perla a perla, ruego y mando
la sugestión del "te adoro"...

De la hosca vida en la brega
ya jamás de mi amargura
se apartará la insegura
vacilación de tu entrega.

Cómo en el postrer debate
brilló la oferta en tus ojos
y tiñeron tus sonrojos
la bandera del combate!

Y cómo al soplo de ideas
de eróticas embriagueces
cedieron las esquiveces
de tus vírgenes preseas!

Ya nunca podré olvidarte,
que con tu entrega, alma mía,
logró mi melancolía
para siempre aprisionarte.

Del recuerdo en la encantada
linfa, el alma se sumerge
toda desnuda, y emerge
radiante y transfigurada,

que del recuerdo en la onda
no hay un oculto recinto
sin algo tuyo, inextinto,
que a mi demanda responda.

Obediente a mi insistencia,
sumisa y enamorada,
con un brillo en la mirada
de infantil inexperiencia,

dulce y tímida acudiste
rendida por el anhelo
de diafanizar mi cielo
todo triste, todo triste...

Y vió de la florecida
selva el profundo retiro,
en la gama de un suspiro
madrigalizar la vida.

Sobre el pálido celaje
brillaba tu cabellera
como abeja prisionera
en una gola de encaje.

Insinuando hondos placeres
plegó el ala de la brisa
tu jubón, a la imprecisa
luz de los atardeceres;

tus ojos indagadores
turbaron vagos asombros
al desatar de tus hombros
los encajes opresores,

y al rasgar mis temblorosas
manos la lilial batista,
fué cayendo ante mi vista
como una lluvia de rosas.

Anforas de mi locura
en tu cuerpo cinceladas,
como dos gemas brotadas
de tu impecable blancura,

tus senos de sus primicias
me hicieron la dulce ofrenda,
dóciles en la contienda
amorosa a mis caricias.

Y cobró vigor mi audacia
con tu sensual abandono
que idealizaba en tu abono
el prestigio de tu gracia.

Ya nunca podré olvidarte,
que con tu entrega, alma mía,
logró mi melancolía
para siempre aprisionarte.

Torturado por la aguda
obsesión de mis pasiones,
quise en mis desolaciones
llevarte blanca y desnuda.

Desnuda y blanca y eterna
con tu visión de Afrodita
impúbera, en la infinita
luz de mi visión interna.

Aun guardo de tus abrazos
el primaveral perfume
y el corazón aun presume
el vínculo de tus brazos,

que de la vida en la brega
ya jamás de mi amargura
se apartará la insegura
vacilación de tu entrega.

Enarcábase tu cuello,
y por velar tus hechizos
con el ala de sus rizos,
se afanaba tu cabello.

Tus manos como liliales
manos en el gesto puras,
aun forjaban ligaduras
a tus líneas virginales,

y entre mis manos opresas
lanzaron amenazantes
un resplandor de diamantes
y una lumbre de turquesas.

Entonces la llamarada
de mi amor cegó tu mente,
quedando súbitamente
a mi vida encadenada.

Y al fingir los misteriosos
vellones crepusculares
una lluvia de azahares
como en vuelos temblorosos,

rompió el vacilante nexo
del pudor tu infantilismo
y embriagó mi sensualismo
la roja flor de tu sexo...

Ya nunca podré olvidarte,
que con tu entrega, alma mía,
logró mi melancolía
para siempre aprisionarte.

Amor de ensueño y de romanticismo

INVOCACION

Al amor.

AMOR, fecundo génesis, perpetua sed de vida,
próvida y milagrosa fuente de eternidad,
bálsamo que restaña toda sangrienta herida,
de todo humano abismo celeste claridad;

bajo la clara tienda de tu ala protectora
cobijo mi pasado y amparo el porvenir,
que árbitro del minuto, del siglo y de la hora,
he de llorar contigo, contigo he de reir.

Acórreme en las lides que en tu dominio entablo,
sutil y poderoso mágico del venablo,
anhelo eternamente vencido y vencedor;

acorre mi demanda si tu favor alcanza,
maravillosa y dulce simiente de esperanza
más fuerte que la muerte, más grande que el dolor.

LEYENDA

A la amada.

I

CUANDO nos separamos, por un tácito acuerdo
fué un beso la reliquia de la separación;
soñábamos la intensa quimera del recuerdo
vivir, y en el pasado volcar el corazón.

Sedienta de reposo la carne torturada
por la implacable garra de insana tentación,
melancólicamente forjamos la cruzada
de ir por distintas sendas en peregrinación.

Melancólicamente forjamos el empeño
de apagar en las ondas lustrales del ensueño
la llamarada erótica de la obsesión sensual;

y al dejar en tu labio la pobre ánima mía,
floreció en la floresta de mi melancolía,
inmutable, y eterno, tu amor espiritual.

II

TE VAS! Toda mi vida concéntrase en el grano
de oro del rendimiento que nos unió; jamás
de esa tu dulce entrega se apartará el humano
recuerdo, aunque presienta que nunca volverás.

Si a las incertidumbres de un término lejano,
mi dulce golondrina de amor, te vas, ¡te vas!
cuando las claras ondas del viejo amargo oceano
tus ojos interroguen, volviéndose hacia atrás;

deshoja a mi memoria los pétalos de una
rosa de tu corpiño, y en un rayo de luna
mándame de tus besos la eterna floración,

y mándame tus lágrimas, para que eternamente
rieguen consoladoras, mientras estés ausente,
tu recuerdo, que sueña sobre mi corazón!

III

Te fuiste, golondrina de amor, mi flor de espino,
y mientras tus pupilas copian el ancho mar,
me llegan en el ala del hálito marino
tu voz y tu perfume, trémolo y azahar...

Con tu recuerdo a solas, no sé cómo el camino
seguir, bajo los rayos de un sol crepuscular;
con tu recuerdo a solas doliente peregrino...
y siento como un ansia tan grande de llorar!

Con tu recuerdo a solas, indago los distantes
cielos, y compasivas las estrellas errantes
rutas dando a mi alma, me llevan hacia ti;

innecesarias rutas de innecesarias huellas,
que al fenecer fugaces las errantes estrellas,
como al dolor, eterna, te llevo siempre en mí.

IV

A MANERA de bruma, mi encanto, y a manera
de encaje, de divisa, de inmaculado airón,
flota a todos los vientos la espiritual bandera
de tu gracia, en la torre de mi desolación.

Sutil así perduras, mi pálida viajera,
plena de gracia y plena de dolorosa unción,
fugitiva que diste fuerza a tu cabellera
para forjar el yugo de un sólido eslabón.

Sutil así perduras, triste madona mía
que misteriosamente desde la lejanía
influyes en mi vida como un dulce avatar;

sutil así perduras si mi dolor te evoca...
pero si torna al alma la embriaguez de tu boca,
mis ansias, como azores, se vuelven a lanzar.

V

Eres la amada, y eres la persuasiva, y eres
la que imperiosamente turbó mi soledad,
llegando a mí sumisa con los atardeceres
y con la aurora irguiéndote por una eternidad.

Esclava, reina, estrella, madona o margarita...
Dominadora sólo te llamas para mí,
que mi vida tu dulce dominio necesita
desde que con tu llanto mi llanto confundí.

Y aun eres más... por una demanda de tu gracia
en mi alma taciturna revélase la audacia
y mi existencia toda circúndala tu amor;

y milagrosamente transformando tu esencia,
si lloro, eres consuelo, si sufro, eres clemencia,
y en mi recuerdo, abismo, y en mi ánimo, dolor!

VI

ALMA y flor de mi vida, ya estás lejos, muy lejos,
y en mis desolaciones te vuelvo a encadenar,
como al morir la tarde, los últimos reflejos
fugaces, aprisiona del resplandor solar.

Alma y flor de mi ensueño, dolientes las mañanas
revélanme tu ausencia, tristes nublando el sol,
y en la playa, en el eco de las marinas dianas,
un presagio siniestro modula el caracol.

Pero tal es la sombra de mi visión interna;
tal la noche que temo fatídica y eterna
y en que tus claros ojos sumiéronme al partir,

que estas melancolías de cielos otoñales,
y estas hondas tristezas de cosas terrenales,
junto a mi duelo, fingen, alegres sonreir.

VII

CRUZASTE por mi noche como una estrella errante;
por mi dolor, como una visión crepuscular;
y hubo en mi noche el oro de un lampo de levante
y en mi dolor la tregua de un dulce sollozar.

De tu fugaz y eterno tránsito por mi vida
trascienden, en la magia de una suave obsesión,
sobre mi labio, un ansia de besos florecida,
y un amor de leyenda sobre mi corazón.

Pasaste fugitiva, y al transponer la senda
con tus besos en germen, y tu amor de leyenda,
y tu gesto complejo de sumisa esquivez;

en el alma voluble quedará de tu paso,
un olor de violetas, un romance de raso
y el recuerdo impreciso de una loca embriaguez.

VIII

De tu amor y tus sueños audaz aventurero
en el eterno encanto del vértigo confié,
y en la paja de Italia de tu estival sombrero,
incauto, mi divisa prendiendo, me alejé.

Después vino la ausencia, los alevosos mares
su amargura opusieron, amada, entre tú y yo;
y siguiendo tus huellas, en tus áureos collares
mi dolor una perla del recuerdo engarzó.

Cuán engañosa y frágil la efímera quimera
que en los florecimientos de toda primavera
edifica un castillo y encierra un talismán...!

Presto voluble Psiquis dió al viento la divisa,
ya en tus collares de oro la perla no se irisa
y nuestros dulces vínculos desligándose van...

IX

TEMO, mi esquiva, temo la humana inconsistencia
con sus fragilidades de flor y de cristal,
que lo presente infiltra de efímera tendencia
y lo pasado exalta de un principio vital.

Tu ausencia a otras riberas, tu dolorosa ausencia
que del llanto la vena transfiguró en raudal,
inicie en nuestras almas, tal vez, la florescencia
del olvido, que aguarda, mezquino y terrenal.

En el dulce milagro del recuerdo me abismo,
implorando la gracia de un piadoso espejismo
que devuelva tu imagen siempre a mi evocación;

tu imagen que, amuleto de todos mis dolores,
anhelo que en mi vida claven tus pasadores
con los deslumbramientos de una constelación.

X

En el jarrón de Sevres que nuestras amorosas
contiendas con sus flores espiritualizó,
avaro de recuerdos he puesto nuevas rosas
evocando el aroma del tiempo que pasó;

y al poderoso influjo del pasional conjuro
la percepción del ánimo tornóse tan sutil,
que en los mudos tapices te he visto sobre el muro
y he sentido tu mano rozar, leve, el marfil.

Después, lánguidamente, los pétalos cayeron
como en rosada lluvia, y al alma repitieron
el frívolo y eterno tema de lo banal...

Y cuando a recogerlos fuí de la obscura alfombra
supersticioso y triste, los visitó en la sombra
el lampo fugitivo de un rayo vesperal.

XI

LAS NUBES, los ocasos, las ondas y los vientos
han rozado el ensueño de mi meditación,
y en las complejidades de mis presentimientos,
aleves, han ceñido su brial a tu visión.

He vuelto a la ribera con tu recuerdo a solas,
tus besos y tus lágrimas por revivir tenaz,
y en el azul abismo de las marinas olas
fugaz ha sido el vuelo de tu visión, fugaz...

¿Qué haré, mi golondrina de amor, que fugitiva
de mi dolor te alejas, y a mi demanda esquiva
vas borrando tu huella de mi ánima? ¿Qué haré

para que en mi memoria perduren tus hechizos:
la flama de tus labios, la noche de tus rizos,
y de tus claros ojos el sideral moaré...?

XII

Como pausadamente se cierra el varillaje
de un cándido abanico, guardando en la prisión
espiritual y breve del perfumado encaje
los oros, los países, los sueños, la ilusión...

El frágil abanico que abrió tu epifanía
plegóse como un ala transida de volar,
guardando en la clausura de mi melancolía
las rosas que el olvido comienza a desflorar.

En nuestros corazones el desaliento empieza
de todo lo pasado, que exalta la tristeza
dulce, de los misterios que nunca han de volver...

Y cuando el abanico se abra en profanas manos,
en nuestros corazones, lejanos, muy lejanos,
nuevas rosas de ensueño vendrán a florecer.

ENVIO

Al recuerdo de la amada.

En el errante vuelo del ala del envío
mis versos van tu dulce regazo a demandar,
estados de mi alma que a tu piedad confío,
ávidos, en tus labios, de madrigalizar.

Como un rayo de luna penetra en un abismo
fingiendo un punto el brillo de una constelación,
tu breve amor de ensueños y de romanticismo
iluminó un instante fugaz mi corazón.

Hoy el recuerdo vaga rogando a tu memoria
la gracia de un refugio que la amorosa historia
guarde de nuestra intensa y efímera embriaguez;

que si purificarse logra en tus oraciones
soñando en el milagro de las resurrecciones,
tus labios mi recuerdo perfumarán tal vez...

De tránsito

DURANTE breves horas, fuiste mi compañera
en la impaciente y dulce festinación de un viaje,
y en esas breves horas, toda una primavera
en mi alma y en tus ojos diafanizó el paisaje.

Hay un fugaz encanto de ensueño, en la quimera
de amores, con que pueblan todo peregrinaje,
el oro y el perfume de una amplia cabellera,
y el descuidado pliegue de un indolente encaje.

Y así como de un sueño perdura solamente
un resplandor dorado de niebla inconsistente
que aviva en la memoria la falsa dicha trunca;

de nuestro raudo encuentro, tal vez desvanecida
quede una luz de estrella; que en la azarosa vida
jamás nos hemos visto, ni nos veremos nunca...!

No nos veremos nunca! Perdidos en la senda
que marca la derrota de nuestra vida errante,
como un lejano rayo de luna de leyenda
será el dulce recuerdo del fugitivo instante.

Tal vez, bajo otros cielos, plantemos nuestra tienda
tan cerca, que su lumbre confunda el caminante,
y sólo del acaso que nos unió, dependa
que anime la memoria la aparición distante.

Pero como en la noche percíbense los rastros
que a la pupila absorta, desde apagados astros
muestran la hebra de oro de fenecida lumbre,

en la profunda noche del alma, vagamente
tu blanca luz de estrella, desconocida ausente,
será como un celeste fulgor que la deslumbre.

Bajo tus ojos

ENORMES, tus pupilas, como noches polares
que el oro de una chispa temblorosa ilumina,
reflejan apacibles selvas crepusculares
o abismos insondables de inmensidad marina.

Ya diáfanas de ensueño, ya plenas de amargura
evocan el encanto lejano de la gesta;
violetas que al dorado misal que las clausura
trascienden el aroma de toda la floresta.

Pupilas milagrosas de dulce mansedumbre
que una terrena llama y una celeste lumbre
vierten, como un hechizo que viene de muy lejos;

errantes mensajeras de tu alma triste y fuerte,
la duda del misterio y el miedo de la muerte
audaces interrogan con trémulos reflejos.

Medallón

Como un casco de bronce, como un yelmo de oro,
bizarra tu melena complica tu expresión,
donde desgrana frívolo, el frágil y sonoro
cascabel de tu risa, su eterna vibración.

Con tu belleza altiva de indócil amazona
ampárase tu dulce belleza de misal;
y así en tu doble encanto de ninfa y de madona
alucinas a un niño o rindes a un chacal.

Eres como las claras visiones que a manera
de equívoco espejismo, de efímera viajera,
se ven desde la borda cansada del bajel;

como un vino que embriaga las alucinaciones,
llenando los ensueños de audaces tentaciones
y repicando en ellas tu eterno cascabel.

Loca embriaguez

Maravillosamente blanca, maravillosa
de juventud, de ensueño, de sol, de primavera,
tiembla tu frágil alma, cautiva mariposa
de tu dorada carne sensual de bayadera.

Cuando por tus pupilas se asoma temblorosa
te ve, con impacientes ansias de prisionera,
toda desnuda, toda como una inmensa rosa
que muerde, atormentada, tu negra cabellera.

Ebria de tu perfume, sedienta de tu encanto,
tal vez en una gota de apasionado llanto
ruede como una perla por tu amoroso seno;

como un claro diamante fugaz y luminoso
que embriague eternamente mi labio codicioso
con un lúbrico filtro de miel y de veneno.

Presentimiento

Hoy tengo el alma llena de ti, de tu belleza,
de todo tu perfume, de tu psicología;
te siento nuevamente llegar a mi tristeza
con el seguro instinto de mi melancolía.

Paréceme que vienes de lejos, de muy lejos,
y que jamás, a un tiempo, de mí te has alejado,
y no acierto, confusos mi noche y tus reflejos,
si en mi presente brillas o aromas mi pasado.

Mi corazón de nuevo refúgiase en la vaga
penumbra del ensueño que tu recuerdo embriaga,
y tu retorno, triste y efímero, presiente;

que inquieto y angustiado sin una causa, siento
la suerte de impaciencia con que un presentimiento
la vida, en un instante, perturba intensamente.

Espejismo

Demanda un dulce rayo de sol de primavera
mi corazón; penetra sin miedo en el abismo,
y como un haz de espigas de oro, tu cabellera
será una primavera que llevaré en mí mismo.

En mis profundos cielos, como si disiparas
la ingenua persistencia de mi melancolía,
el matinal esmalte de tus pupilas claras
irá gloriosamente desenvolviendo el día.

Después, será la gama de tu risa el encanto
que desgrane en las amplias ánforas de mi llanto
las cristalinas perlas de una jocunda diana,

y así, mientras cautiva mi corazón reanimes,
soñaré que de todas mis culpas me redimes
y haré de mis tristezas una obsesión lejana...

¿Para qué...?

Tu recuerdo, mi esquiva, tu recuerdo ha venido
a hospedarse en las ruinas de un castillo de ensueño;
la voluble existencia lo había dado al olvido
y ahora torna, y domina con audacias de dueño.

¿Qué ha podido evocarlo? la visión de un instante?
una lluvia de rosas? una nueva amargura?...
Vuelve todo el pasado como un claro diamante
cuyas aguas agrandan tu amorosa figura.

Torno a ver como en una matinal transparencia
tus encantos, que aleve fué borrando en la ausencia
la labor impasible de fugaces amores,

y no sé si impaciente tu recuerdo ha tornado
para ser una adelfa de mi huerto agostado
o una estrella que alumbre mis lejanos dolores...

Dualidad

He soñado despierto, y has venido a mi ensueño
a ofrecerme desnuda tu lasciva obsesión;
y al tornar del engaño, con tu rostro risueño
toda cándida ha sido tu celeste visión.

Me has impuesto otras veces, al soñar, la tortura
de alejarte en un gesto de implacable esquivez,
y al volver a la vida, de una sabia locura
he exprimido en tus labios la sensual embriaguez.

Tal, errantes tus formas, entre el sueño y la vida,
como carne amorosa, como estrella perdida,
entre el sueño y la vida tu visión compartí;

y en el doble espejismo de tu suerte compleja
que al rendirte a mis ansias de mis ansias te aleja,
vivirás siempre ausente y estarás siempre en mí.

Junto al mar

He recorrido nuevamente el triste
sendero junto al mar, que recorría
lleno de tu visión cuando te fuiste,

buscando en la dorada lejanía
la aparición de tu fugaz encanto
preso en mi espiritual melancolía.

Frente al marino término que tanto
divagar sugirió a mi pensamiento,
en el temblor, cautivo, de mi llanto,

he vuelto con igual recogimiento
a recorrer la náutica ribera
y a dialogar con el errante viento;

y nuevamente el ala aventurera
de mi interrogación ante el abismo
queda de mis terrores prisionera,

que roto el imperioso fatalismo,
al miedo de perderte, sustituye
el miedo a la inconstancia de mí mismo.

La tristeza de todo lo que huye,
de la onda, de la nube, de la vida,
hasta el encanto del dolor destruye;

y a la quimera efímera perdida
reemplaza eternamente el engañoso
sueño de la quimera presentida.

En vano he suscitado el amoroso
recuerdo de tu dulce rendimiento
y mi tenaz empeño borrascoso;

en vano el impaciente encantamiento
de nuestras breves lides ha evocado
en su ansiedad mi amargo desaliento;

y en vano el corazón ha demandado
a su propio clamor una impaciencia
que le devuelva un eco del pasado;

que hay en la incertidumbre de la ausencia
una noche polar donde al olvido
exalta la terrena inconsistencia.

Al corazón, al mar, al aturdido
viento, a la soledad, a la distancia,
ha clamado mi trágico plañido

con la obsesión de mi amorosa instancia,
y el vesperal silencio, a mis clamores
ha devuelto su propia resonancia.

Nada a la indagación de mis temores
responde, ni un tormento de tu huella
llena mi fosquedad de resplandores,

que tu fugaz irradiación de estrella
cruzó mi noche de dolor y errante
de mi recuerdo tránsfuga destella.

Busco en mi turbación la vacilante
tortura de tu adiós, y la imagino
distante de mi vida, muy distante,

tras el aleve tránsito marino
que opuso infausto a la embriaguez esquiva
las asechanzas torvas del camino.

Demando a la ilusión la compasiva
gracia de clausurar en mi amargura
tu visión que se aleja fugitiva,

y turbada responde a la insegura
súplica, la indolencia del hastío
que llega tristemente a la clausura.

A mi propio soñar mi voz confío
temblando de inquietud, y me parece
que ni el recuerdo del ensueño es mío.

Y me afano en llamarte y resplandece
una alucinación de tu belleza
que en mi reino interior se desvanece,

cerrando al corazón con la certeza
de la fugacidad del sufrimiento,
que hasta el dulce afanar de mi tristeza
se va a la soledad, y al mar y al viento.

Triple herida

Paráfrasis de Lorrain.

Con triple dardo agudo me ha herido tu belleza
fatal y misteriosa como una hechicería,
turbando para siempre la paz de mi tristeza
y la quietud de ensueño de mi melancolía.

Con triple dardo aleve, tres arcos luminosos
tu predominio imponen a mi deslumbramiento;
los arcos de tus cejas, oscuros y armoniosos
y el arco de tu boca, diabólico y sangriento.

Tras ellos, en la sombra, vela traidoramente
tu amor, y me ha lanzado triple venablo hiriente
rayando con sus oros mi noche de amargura;

uno mi pensamiento de llamas ha encendido,
otro en lo más profundo del corazón me ha herido
y es en mi sexo el último ponzoña de locura.

ULTIMA PAGINA

Predestinación

DAR mi ensueño a la vida, como si diera al viento
mi clamor, y a la nube mi encomienda, y al mar
el sigiloso encanto de mi recogimiento...
esa la suerte ha sido de mi peregrinar.

Mi corazón ingenuo y espiritual, sediento
de amor, persigue un hondo cauce donde abrevar,
y el oro de mis ansias finge un deslumbramiento
de cada fugitivo temblor crepuscular.

Transfigurar la arcilla, querer eternamente
segar en el camino los sueños de la mente
y difundir en lluvia de estrellas mi dolor...

Esa, de mi sendero, la amarga suerte ha sido;
soñar, en mi desierta derrota hacia el olvido,
dar vida a la quimera que llevo en mi interior.

FIN



INDICE

Indice

DEDICATORIA

Al Señor Manuel Sanguily 7

EX LIBRIS

Al margen del ensueño 11

PROEMIO

Simiente de esperanza 15

SERENIDAD

Motivo panteísta 19
En la senda 23
Vuelos 27
Samaritana 31
Psiquis 35
Mirto 41
Epístola 45
Oda breve 53
Después de "Oro" 57
Cuento 59
En un breviario de recuerdos 67
Tu misión 69
Transfusión 71
Blasón crepuscular 73
Campanas de Noël 75
Días de gloria 79

Tregua sagrada

Bajo la tienda. 89
Gesto heroico. 91
Propósito. 93
Previsión. 95
Aptum reddere. 97
De retorno. 99
Imploración. 101
Pax animæ. 103
En la distancia. 105
Viñeta. 107
Regresiones. 109
Hechicería. 111
Altruísmo. 113
Sabiduría. 115
Divagación. 117
Sol poniente. 119

En el ala del viento

Siempre tú...!. 123
Dominadora. 125
Campesina. 129
Matinal. 131
Canta...!. 133
Inexperiencia. 135
Rima pagana. 137
Nevando... 139
En tus manos. 141
Del trópico. 143
Gemas equívocas. 145

Cobres

A la sordina. 153
Salutación de la lira. 155
Canto de clarines. 163
Visión helena. 167
Tregua magna. 169

Hechizo peligroso

Dominio eterno. 173
Peregrinaciones. 175
Para siempre. 177
Amor de ensueño y de romanticismo. 183
De tránsito. 199

Bajo tus ojos. 201
Medallón. 203
Loca embriaguez. 205
Presentimiento. 207
Espejismo. 209
¿Para qué...?. 211
Dualidad. 213
Junto al mar. 215
Triple herida. 219

ULTIMA PÁGINA

Predestinación. 223

